





Newton Compton Editores

## ADVERTENCIA

Esta novela aborda temas delicados e incluye escenas explícitas.  
Se recomienda su lectura a un público adulto y consciente.

Título original: *Phantom Limb*

© 2016, Lucinda Berry, LLC

© 2026, de la traducción por Miquel Gómez Besòs

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87788-65-0

DL: B 3.011-2026

Diseño de interiores:  
David Pablo

Composición:  
Rafael Medel López

Impreso en mayo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Lucinda Berry

# La gemela silenciosa

Traducción de Miquel Gómez Besòs



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026



# Capítulo 1

Era siempre la misma llamada. Siempre la misma súplica desesperada.

–No se lo digas a nadie –me rogaba.

¿A quién se lo iba a contar? ¿Acaso había dicho algo alguna vez? Llevaba años guardando sus secretos.

Metí el coche en mi plaza de aparcamiento y miré hacia el tercer piso de nuestro edificio de apartamentos, a la última ventana de la izquierda. Las persianas estaban completamente cerradas. Llevaban así varios días. Salí y me dirigí a la entrada, pasando junto a los buzones y la señora Jaspersen, quien siempre comprobaba su correo al menos cinco veces al día para poder interactuar con alguien que no fuera un personaje de televisión.

–Hola, Elizabeth –me saludó al verme–. ¿Cómo ha ido el trabajo hoy?

–Genial –le respondí sin darle la vuelta.

No había ninguna necesidad de decirle que, una vez más, me había marchado tres horas antes de terminar mi turno.

–Dile a esa hermana que tienes que necesita salir a que le dé el sol más a menudo.

Le sonreí mientras esperaba el ascensor.

–Lo haré.

La saludé con la mano por encima del hombro y entré en el cubículo tan pronto como se abrieron las puertas. Se cerraron delante de mí y me quedé observando cómo se iluminaban los números mientras golpeaba un

pie contra el otro. Se oyó el familiar sonido y las puertas se abrieron al largo corredor.

El humo rancio de los cigarrillos me saludó en cuanto abrí la puerta. Inspiré profundamente antes de avanzar por el pasillo y entrar en nuestro dormitorio. Un pequeño bulto se escondía bajo el edredón amarillo. Pasé por encima de los montones de ropa esparcidos, dirigiéndome a la ventana, y tiré de la cuerda de la persiana, inundando la habitación de luz y haciéndola un poco más alegre. Abrí la ventana para dejar que el aire fresco entrara en la habitación y respiré hondo otra vez con la intención de coger fuerzas para lo que debía hacer a continuación.

Me senté al borde de la cama y aparté el edredón, revelando el pequeño cuerpo de Emily acurrucado en posición fetal, con los brazos alrededor de la cabeza. Llevaba puesto su pijama morado. Mala señal. La última vez que se lo puso casi terminamos en urgencias. Yo había acabado por odiar el color púrpura.

Le aparté el pelo castaño de la cara.

–Hola, cariño. Ya estoy en casa.

Extendió los brazos hacia mí como una niña pequeña que busca a su madre. Me tumbé a su lado y la rodeé con los míos. Habíamos repetido esta rutina muchas veces. Acurrucó la cabeza en mi pecho y se echó a llorar.

–Shhh. –Le acaricié el pelo–. Todo va a ir bien. Siempre hemos salido adelante.

–Ni siquiera he podido vestirme. –Sus lágrimas me mojaban la camisa–. Lo he intentado, Bethy. De verdad que lo he intentado. En serio.

–Lo sé, cariño –le respondí.

–¿No te cansas de mí?

Ella me miró y yo la miré a ella: teníamos los mismos rasgos; compartíamos incluso ese pequeño lunar en la frente, justo debajo del nacimiento del pelo.

Sacudí la cabeza. Siempre sacudía la cabeza.

A pesar de que fue ella la que salió primero, siempre era yo quien la cuidaba. Me había consagrado a protegerla durante la tragedia a la que nos tuvimos que enfrentar juntas de niñas y a través de su adolescencia, marcada por la depresión, y todavía seguía haciéndolo. Había pasado los tres primeros minutos de su vida sin mí, pero eso era todo.

—Vamos a darte un baño, ¿vale?

No esperé a que me respondiera. Me puse en pie y tiré de ella hacia arriba, con sus brazos y su cuerpo delgados como palillos apoyados en mí. Tenía el pelo enmarañado a un lado de la cabeza.

—Y luego quizá podríamos salir a cenar. Alguien en la escuela me ha dicho que han abierto un bufé chino buenísimo en el centro. Dicen que el pollo teriyaki está increíble.

Abrió los ojos de par en par y se quedó boquiabierta, paralizada por el miedo a salir a la calle. Reaccionó como si le hubiera sugerido que se cortara un brazo.

—O también podemos pedir una pizza y ver una película. Me apetece una comedia romántica.

Su rostro se relajó al instante.

Estuve parlotando sobre cómo me había ido el día, riéndome del interés cotilla de la señora Jaspersen por nuestras vidas, mientras nos acercábamos al cuarto de baño. Encendí las luces fluorescentes y dejé correr el agua de la bañera.

Emily entró tras de mí, con la cabeza colgando y los brazos apretados alrededor del estómago. Dejé de esquivar el silencio con palabras y lancé un profundo suspiro.

—¿Qué has hecho? —le pregunté.

Se encogió de hombros y empezó a desvestirse, con la cabeza todavía baja, como si fuera un cachorro al que hubieran encontrado orinando en el suelo o hurgando en la basura. Se quitó el pantalón del pijama. Tenía las

piernas llenas de costras de sangre seca esparcidas como restos de óxido. Había muchas, lo que significaba que había estado cortándose todo el día.

Se desvistió con lentitud, con cuidado de no lastimarse la piel en carne viva. Contemplé los bordes irregulares de sus heridas, recientes y antiguas, que se dibujaban sobre su pálida piel como una enmarañada red. Me fijé en las tres marcas que tenía en el lado izquierdo del estómago. Aquella vez habíamos acabado en urgencias. Habían necesitado más de treinta grapas para detener la hemorragia, pero habían hecho un trabajo impresionante. Si no supiera la verdad, pensaría que se trata de la cicatriz de una cirugía abdominal. Tenía su nombre burdamente tallado en la parte superior del muslo derecho. Se había labrado meticulosamente las letras en la piel con una cuchilla de afeitar el día de nuestro decimocuarto cumpleaños. Cuando lo vi, la amenacé con cortarme yo también si no dejaba de hacerse daño, pero no sirvió de nada. Ella siguió haciéndolo y yo nunca fui capaz de cumplir mi amenaza. Me acercaba la hoja de afeitar a la carne, pero no era capaz de apretarla contra la piel. Simplemente no podía. Nunca volví a decir nada acerca de sus cortes. No era necesario. Entendía por qué lo hacía.

La tomé de la mano mientras entraba en la bañera y se sumergía en el agua caliente. Cogí la toalla y me dispuse a lavarle la espalda.

—Cuéntame qué has hecho hoy —me dijo mientras su cuerpo se relajaba.

Llené el momento del baño con historias de mi jornada mientras le limpiaba las heridas recientes. Le hablé del examen que había hecho esa mañana en clase de Introducción a la Psicología y de lo sorprendida que estaba por lo fácil que me había resultado, porque el material de lectura había sido muy denso y difícil de asimilar. Le

hablé del buen tiempo y de lo bien que me había ido sentir la brisa mientras me dirigía al coche, con la esperanza de motivarla para que saliera de casa.

Cuando estuvo lista para salir de la bañera, yo ya había empezado con mis historias de telemarketing.

—¿Cuántas veces hoy? —me preguntó.

Sonreí.

—Doce.

Llevaba la cuenta de cuántas veces me colgaban cada día. Llevábamos la cuenta.

Hasta el momento, mi récord era de treinta y dos.

No pude convencerla para que viéramos una comedia romántica. Insistió en otro episodio de *Ley y orden: Unidad de víctimas especiales (UVE)*. Yo no entendía su obsesión por las facetas más oscuras y depravadas del ser humano. No podía soportar las historias de niños encerrados en jaulas o vendidos a la prostitución, pero a ella le encantaban. Si yo hubiese podido elegir, nunca habríamos visto esas cosas.

Mientras se acurrucaba a mi lado en nuestro destaralado sofá y se preparaba para resolver el último crimen sexual con Olivia y el equipo de la UVE, intenté sacudirme de la cabeza las imágenes de su cuerpo lacerado. Nunca me había resultado fácil ver el dolor que se autoinfligía.

—¿No hemos visto ya este capítulo? —pregunté mientras se desplegaba ante mí una historia vagamente familiar sobre una niña secuestrada encontrada en un baúl.

—Sí, pero solo una vez y es uno de mis favoritos.

Ni siquiera apartó la mirada del televisor.

Aguanté hasta la segunda pausa publicitaria y ya no pude más.

—Voy a preparar la cena.

Entré en la cocina y rebusqué en la nevera. Detestaba cocinar, pero estaba dispuesta a hacerlo para no tener

que ver la serie. Nunca sabía qué hacía mal en la cocina: seguía las mismas recetas que Emily, pero mis platos nunca sabían como los suyos. Ella era una gran cocinera y antes, cuando aún salía de casa, cocinaba manjares exóticos, como pollo *makhani* o chuletas de cerdo estilo Módena. En sus días buenos le seguía encantando experimentar en la cocina, pero, si era yo quien se encargaba de hacer la compra, sus opciones eran limitadas.

Me decidí por la pasta porque me parecía más fácil e improbable que pudiera estropear, y esperé que, para cuando hubiéramos terminado de comer, pudiera vencerla de ver algo más alegre.

Mientras esperaba a que hirviera el agua, pensaba en mi novio, Thomas. Me había vuelto a traer flores al trabajo. Le encantaba regalarme flores cuando no era una ocasión especial y nunca compraba rosas porque sabía que las odiaba. Había dejado en el ramo otro poema cursi y yo me había burlado de él durante el resto del turno. Cuando el agua empezó a hervir, sonreía y tarareaba para mí misma. Él siempre provocaba ese efecto en mí.

—¿Por qué sonríes?

Emily se acercó por detrás y se inclinó sobre el fogón para echar un vistazo a la olla.

—Ah, por nada —le dije.

Había pasado más de un año y aún no le había hablado de Thomas.

—Pensaba en algo que uno de los chicos populares ha dicho hoy en clase. No estaba ni remotamente relacionado con lo que estaba explicando el profesor y quedó como un completo idiota.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan dura con ellos? Levanté la vista con fastidio.

Cuando estábamos en el instituto, le encantaban sus cuerpos cincelados y no le molestaba su estupidez, pero

a ellos lo único que les interesaba era cuántos puntos podían marcar en el campo y con cuántas podían enrollarse. Durante nuestro penúltimo año, el equipo de fútbol organizó una competición en la que otorgaban un valor en puntos a cada chica y luego comprobaban quién ganaba más acostándose con ellas. Conseguían puntos extra si no usaban condón. Emily acabó en esa lista, pero yo no. No estaba segura de si los chicos populares de la universidad eran iguales que los del instituto, pero no tenía ningún interés en averiguarlo.

–Hay muchas plazas libres en mi clase de Salud y tenemos a la mitad del equipo de hockey, por si quieres acercarte y conocerle en persona.

–Muy sutil, Bethy. Realmente muy sutil.

Me quitó la cuchara de la mano y se puso a remover la salsa que burbujeaba a fuego lento junto a la pasta.

–Déjame que te ayude con esto para que salga algo comestible –dijo, dirigiéndome una amplia sonrisa.

Nos movimos por nuestra pequeña cocina en una danza perfectamente coreografiada, desplazándonos la una junto a la otra de manera fluida y sin esfuerzo, como habíamos hecho tantas veces en el pasado. Nunca dejaba de sorprenderme lo rápido que podía cambiar su estado de ánimo. Parecía que se había olvidado de que hacía menos de una hora habíamos estado en el cuarto de baño lavándole la sangre del cuerpo.

No nos molestamos en poner la mesa y, en su lugar, sostuvimos los platos sobre el regazo frente al televisor. *UVE* había terminado y Emily cambió a *Dateline*. Estaban emitiendo un documental sobre la depresión adolescente y el aumento del porcentaje de chicas que se autolesionaban.

–Ni hablar, Em. No pienso ver esto.

Traté de coger el mando a distancia, pero ella apartó el brazo, manteniéndolo fuera de mi alcance.

–Venga, solo un momento. ¿Por favor? –me suplicó, aleteando con sus largas pestañas.

Cedí, como siempre.

–Diez minutos. Eso es todo. Y luego vemos *Friends*.

El reportero se embarcó en una exposición pormenorizada sobre el caso de una madre que había descubierto que su hija de doce años se cortaba y cómo la joven le había mentado para encubrirlo. Entrevistó a la chica y a sus amigos, intentando comprender por qué lo había hecho.

–¿Recuerdas cuando empecé? –preguntó Emily cuando el programa volvió a centrarse en el horror de la madre al descubrir que su hija se estaba autolesionando.

–Por supuesto que lo recuerdo.

Jamás podría olvidar el día en que había comenzado a autolesionarse. Fue el día en que íbamos a quedar legalmente liberadas de la tutela de nuestra madre. Teníamos ocho años y nuestra adopción por fin se había completado. Había sido un proceso largo. Llevábamos nueve meses viviendo con los Rooth, pero al fin iba a quedar todo legalizado. Íbamos a ser oficialmente tuyas y ellos iban a ser oficialmente nuestros. Los papeles se habían firmado, negro sobre blanco, y nuestra madre nunca podría recuperarnos. No quedaba nada más que hacer, salvo celebrar una fiesta.

Se suponía que aquel iba a ser un día feliz, y podría haberlo sido si nuestra madre no hubiera hecho acto de presencia. Solo la habíamos visto tres veces desde que los servicios de protección de menores nos habían separado de ella, y cada una de sus visitas había provocado algún tipo de colapso emocional, sobre todo en Emily. Vivir con nuestra madre había sido más duro para ella que para mí. Yo había renunciado a intentar que me quisiera, pero Emily nunca perdió la esperanza de conseguirlo. Entendía por qué Emily se aferraba a ello,

porque siempre había sido su favorita. Era ella la que recibía sus escasos abrazos y su afecto cuando nuestra madre necesitaba fingir que le importábamos un poco.

Nuestra fiesta de adopción se había planeado con esmero y cariño para que pareciera una fiesta de cumpleaños; un valiente esfuerzo de nuestra nueva familia para simbolizar nuestro nacimiento en un mundo nuevo. Había sido Lisa, nuestra terapeuta, a la que veíamos dos veces por semana, quien había sugerido lo de la fiesta. A los Rooth les había encantado la idea y no habían reparado en gastos. Había globos rosas flotando por todas partes y serpentinas moradas colgando de los altos robles del patio trasero. Los Rooth habían alquilado un gran castillo hinchable con una enorme princesa con los brazos abiertos en la entrada, como si quisiera darte un abrazo antes de que pasaras. Cada una tenía su propia tarta, decorada con nuestros nombres caligrafiados en el centro, y Dalila nos había dejado elegir un sabor a cada una. La mía era de vainilla, y la de Emily, de chocolate. Nos habíamos pasado la mañana peleándonos por cuál iba a estar más buena. Había una mesa llena de regalos con envoltorios brillantes y no veíamos la hora de que acabara la fiesta para poder abrirlos, porque nunca habíamos recibido regalos.

Emily y yo nos quedamos a un lado, cogidas de la mano y observando las actividades que se desarrollaban a nuestro alrededor, aunque se suponía que éramos el centro de atención. Nuestra nueva familia seguía siendo extraña para nosotros. Revoloteaban y se reían, prodigándose grandes abrazos con total naturalidad. Cada poco tiempo, alguno señalaba en nuestra dirección, nos saludaba con la mano y nos dedicaba una enorme sonrisa.

Apenas había empezado la fiesta cuando oímos esa

voz imposible de pasar por alto, parecida a un chillido estridente:

–¡Hola, Bob! Hola, Dalila. Qué alegría veros –exclamó, mostrando una de esas sonrisas que le había visto practicar en el espejo–. No os podéis imaginar cuánto me alegra que cuidéis tan bien de mis hijas.

Nos quedamos mirando cómo nuestra madre, Bob y Dalila se abrían paso hacia nosotras. Lisa se mantuvo a la zaga de la terna, dispuesta a intervenir si la necesitábamos. Nuestra madre se coló en medio de nuestros nuevos padres y enlazó los brazos con los suyos.

–¿Os he contado que voy a entrar en el Ejército? Tengo la prueba el próximo lunes. Me va a venir muy bien. Muy muy bien. No es tan difícil como creía. El campo de entrenamiento va a ser un palo, pero ya sabéis que estoy muy fuerte. Siempre he hecho bastante ejercicio, aunque últimamente no he podido demasiado. Ya me volveré a poner...

Bob la interrumpió:

–Chicas, vuestra madre ha venido a veros.

No había venido a vernos. No sabía por qué estaba allí, pero no tenía nada que ver con nosotras. Agarró a Emily y la rodeó en un sorprendente abrazo. Mi hermana se quedó de pie con los brazos a los lados, mirando hacia mí, disculpándose con la mirada.

–¿Cómo está mi preciosa Emily? Mi dulce niña. Has crecido tanto, cariño. –Levantó los brazos de Emily en el aire con dramatismo–. ¿Recuerdas cuando hacíamos esto de pequeña? Eres tan alta. Debes haber crecido al menos cinco centímetros... Déjame que te vea.

Dio un paso atrás, con las manos sobre los hombros de Emily, y la examinó.

–No hay duda. Mínimo cinco centímetros. –Se volvió para mirar a Bob, agitando sus oscuras pestañas, y añadió–: Qué mona está. Igualita que su madre.

Se echó el pelo hacia atrás por encima del hombro y dejó escapar una risita.

Bob se sonrojó e instintivamente rodeó a Dalila con el brazo, nervioso.

–Las dos son preciosas.

–¿Cuándo podré volver a verlas? Seguramente tendrás que venir a buscarme, porque no tengo coche. Hoy me ha traído Jeremy. Se ha quedado fuera esperando. Está demasiado asustado para entrar. Ya sabes cómo son los hombres... –añadió, dando un pequeño golpe a Dalila en el costado.

Dalila rio nerviosamente. Nuestra madre se volvió hacia Emily y le estrujó las mejillas con las manos.

–Tenía que venir a ver a mi pequeña.

Emily dio un paso atrás y extendió la mano, tomando la mía y acercándose de nuevo a ella.

–Hola, Elizabeth –dijo entonces sin siquiera mirar en mi dirección.

La miré fijamente sin decir nada, esperando que pudiera leer el odio en mis ojos. Nuestra madre tosió y volvió a echarse el pelo por encima de los hombros. Demasiado tiempo con nosotros la incomodaba y había alcanzado su límite.

–Estoy deseando que llegue el momento de irnos juntas de vacaciones, chicas. Podríamos ir a Disneyland. Lo estoy organizando todo.

Bien podría habernos prometido que nos llevaría a la Luna. Nos abrazó a las dos y besó a Emily en la cabeza.

–Vuestra madre os quiere mucho. No lo olvidéis. Os quiero.

Se alejó dando pequeños brincos y, al llegar al garaje, se dio la vuelta para despedirse de nosotras lanzándonos un beso. Nunca volvimos a verla.

Aquella noche, cuando se suponía que ya estábamos durmiendo en nuestras habitaciones separadas, Emily se

coló en mi cama, como hacía siempre. Como parte del proceso de diferenciación del que Lisa hablaba todo el tiempo, cada una tenía su propia habitación. Tenía que ver con separarnos y tratarnos como a individuos en vez de como a una sola persona. Lisa había sugerido a Bob y Dalila distintas formas para llevarlo a cabo y dormir separadas era una de ellas. Nosotras lo odiábamos. Pero daba igual, porque nada podía separarnos. Todas las noches, después de que nos arroparan a cada una en su cama, Emily se escurría de puntillas a través del cuarto de baño que conectaba nuestras habitaciones y se metía en la cama conmigo. Cada mañana los Rooth nos encontraban acurrucadas juntas.

—Odio a nuestra madre —susurró Emily mientras se hacía un ovillo a mi lado.

Me incorporé, sobresaltada. Era la primera vez que lo expresaba. Yo lo decía continuamente, pero ella no. Ella no la odiaba como yo.

Se sentó a mi lado con una extraña sonrisa en la cara; una sonrisa que no había visto nunca, y pensaba que las había visto todas. Se subió la pernera del pijama.

—Mira —dijo, señalando en la oscuridad.

Me incliné hacia su pierna, entrecerrando los ojos. Tenía arañazos en un lado y parecían propios de un gato.

—¿Cómo te has hecho eso? ¿Te has caído?

Río nerviosamente.

—Me lo he hecho yo. Esta noche, antes de lavarme los dientes. Estaba en mi habitación y una chincheta se ha caído de la pizarra de corcho. La he cogido y lo he hecho.

Volvió a soltar una risita nerviosa. Me quedé mirándola fijamente.

—¿Te ha dolido?

Negó con la cabeza.

—Me ha hecho sentir bien.

Sonrió como si le acabaran de dar un premio.

—¿Por qué lo has hecho?

Se encogió de hombros.

—Quería ver si salía sangre. La he probado. Tiene un sabor raro.

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro, pero rápidamente se transformó en una expresión de preocupación.

—Bethy, no se lo cuentes a nadie. Pensarán que soy un bicho raro. Prométeme que no se lo dirás a nadie. ¿Me lo prometes, Bethy?

—Por supuesto que no se lo contaré a nadie —le respondí.

Y no lo hice. Y no lo he hecho. Y nunca lo haré.



## Capítulo 2

—¿Cuándo? Dime solo cuándo.

La frustración en la voz de Thomas rozaba la súplica. Solo es posible repetir la misma discusión un número limitado de veces antes de que la paciencia se agote, y nosotros habíamos alcanzado ese punto hacía ya mucho tiempo.

Suspiré. Estaba tan cansada como él.

—Tú no lo entiendes. No puedes entenderlo.

—Claro que lo entiendo. Quiero decir, hasta donde llego. Ni siquiera tienes que decirle que soy tu novio. Puedes presentarme como un amigo tuyo.

—Se dará cuenta.

Le paré los pies, como siempre. Él creía que lo entendía, pero no era así. Nadie entendía nuestra relación ni por qué era como era. Ni siquiera Bob y Dalila lo entendían y, si ellos no habían logrado entenderlo, estaba segura de que él tampoco podría.

Nos quedamos sentados en silencio mientras yo jugueteaba con el cordel que colgaba de la parte inferior de mi camisa. Notaba que me miraba fijamente, con una intensidad ardiente, y, aunque no levanté la vista, sentía un calor abrasador en mi rostro. No entendía cómo podía tener tanta paciencia conmigo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero las reprimí antes de que tuvieran la oportunidad de deslizarse por mis mejillas.

—Cariño...

Me encantaba cuando me llamaba «cariño». Su voz se

suavizó y la frustración había desaparecido. Me rodeó con los brazos, acercándose a él.

—Todo irá bien.

Aspiré su olor. Olía a bosque, a pesar de que se pasaba todo el tiempo encerrado en un cubículo en el trabajo o en la biblioteca del campus, con la cabeza hundida en un libro. Me gustaba estar en sus brazos. Quería besarle, pero, nunca había dado yo el primer paso para hacerlo. Era incapaz de tomar la iniciativa. Esperé a que él me besara y entonces le devolví el beso.

Le miré, tratando de comprender cómo era posible que se preocupara tanto por mí cuando aún había tantas cosas que no podía contarle. Había compartido con él más de lo que lo había hecho con nadie, pero aún quedaba una gran parte. Él me veía como una mujer fuerte, decidida e independiente, resuelta a labrarse una vida mejor. Temía que su imagen de mí cambiara si le permitía acercarse más, pero, a pesar de mis miedos, anhelaba una mayor proximidad porque deseaba estar con él. Empezaba a necesitarle y sabía que, si quería que nuestra relación funcionara, tendría que arriesgar un poco más.

Escupí las palabras lo más rápido que pude antes de cambiar de opinión o perder la entereza:

—Vale. Voy a contarle lo nuestro.

Me apartó de él y me miró a los ojos con una enorme sonrisa en el rostro.

—¿Estás segura? No pretendo presionarte, pero ya ha pasado mucho tiempo. Llevamos juntos casi un año y aún no he podido conocer a la persona más importante de tu vida. Me importas. Así que cualquiera que sea importante para ti también lo es para mí.

Nunca había conocido a nadie como Thomas. Era amable y paciente. A diferencia de la mayoría, a él realmente le daba igual lo que pensarán los demás. A mí también

me daba igual, a excepción de Emily. Su opinión me importaba, pero no perdía mucho tiempo preocupándome por el resto. Thomas me había dicho que eso era lo que más le había gustado de mí.

Él era una persona independiente. Me atraía como ningún hombre lo había hecho antes, quizá porque yo tenía a Emily, mi otra mitad. Ella era la única persona a la que necesitaba o que quería tener cerca, pero, a medida que seguía enfermando, una pequeña parte de mí había empezado a preguntarse cómo sería sentirse unida a alguien más. Había empezado a preguntarme si me sería posible sentirme cerca de alguien que no lo supiera todo sobre mí o si podría establecer un vínculo con alguien con quien no hubiera compartido acontecimientos traumáticos.

Había aparcado cualquier anhelo de acercarme a otra persona. Hasta que apareció Thomas. Él era diferente y yo era incapaz de ignorar mis sentimientos. Su aspecto no tenía nada de llamativo o excepcional. Parecía un universitario normal y corriente, con unos vaqueros ajustados y unas Converse rojas tan gastadas que se le veían los calcetines a través de los agujeros de la tela. En un centro comercial lleno de gente, no llamaría la atención. Fue su confianza y su autoestima lo que me atrajo de él. Tenía una gran seguridad en sí mismo sin ser arrogante. No comprendía cómo alguien podía tener tanta confianza en sí mismo sin depender de que otro lo definiera. No tenía ni idea de lo que era ser solo «yo» en lugar de «nosotras».

Trabajábamos juntos como teleoperadores para una empresa de venta por catálogo que vendía toallas baratas que se deshacían al segundo lavado y velas que se anunciaban con olor a flores, pero que en realidad olían a jabón de mala calidad. Era terriblemente aburrido y un simple turno de cuatro horas parecía durar doce.

Los interlocutores al otro lado de la línea estaban tan molestos por la llamada como nosotros por tener que hacerla, y normalmente aprovechaban la ocasión para dar rienda suelta a toda su rabia contenida diciéndonos cosas que nunca se habrían atrevido a decirnos a la cara. A diferencia del resto, a Thomas nunca le molestaban los comentarios soeces. No se enfadaba por ellos y en lugar de responder de manera grosera como hacíamos prácticamente todos, él sonreía, les respondía con un «Gracias» y pasaba a la siguiente llamada.

La televenta no era la primera elección profesional de nadie. Todos teníamos una razón para estar allí y no era precisamente para hacernos ricos o tener éxito. Casi todos lo hacíamos para salir adelante o porque no podíamos conseguir trabajo en ningún otro sitio. Nuestro turno estaba mayoritariamente compuesto por estudiantes universitarios debido al horario flexible y a la reducida jornada. Thomas había empezado unos meses antes que yo y estaba allí para pagarse los estudios del seminario. A diferencia de mí, que aún no había decidido qué carrera quería estudiar, Thomas sabía desde los ocho años que quería ser pastor y ayudar a los jóvenes.

Era cristiano evangélico y su religión era una insignia que lucía con orgullo. Sus padres eran cristianos y él había tomado la decisión de seguir a Dios cuando tenía tres años. Hablaba de él como si fuera su amigo y, aunque Bob y Dalila nos llevaron a la iglesia durante un tiempo cuando éramos pequeñas, yo nunca había sentido a Dios de la forma que él hablaba. Yo no creía en nada, pero a él eso le daba igual. Con frecuencia me preguntaba si llegaría un día en que se convirtiera en un problema y él intentara convertirme al cristianismo, pero eso aún no había sucedido. Aunque al principio me preocupaba, cada vez estaba más dispuesta a adentrarme en su religión si él me lo pedía.

Nuestros compañeros de trabajo se burlaban constantemente de sus convicciones. No ocultaba su religión y no se avergonzaba lo más mínimo de reservarse para el matrimonio, lo que provocaba que los compañeros de nuestro turno se esforzaran aún más por provocarlo. Le acusaban de ser gay o se burlaban de él llenándole el cubículo de fotos de mujeres desnudas. Pero, por más que lo intentaban, él se mantenía fuerte y nunca les regalaba la reacción que buscaban. Fue después de una de esas burlas cuando hablamos por primera vez.

–Menuda panda de gilipollas –le dije, poniendo mi llamada en espera y volviéndome para mirarle. Su cubículo estaba dos más allá del mío.

Pulsó el botón de espera y apartó el micrófono.

–¿Qué más da? No saben lo que hacen. No son más que chicos comportándose como tales.

Me abstuve de hacer notar el hecho evidente de que él también era un chico.

–Me llamo Elizabeth.

Me sonrió. Su sonrisa era cálida y acogedora; me tranquilizó de inmediato.

–Soy Thomas. Por favor, pase lo que pase, no me llames «Tom».

Me eché a reír.

–Siempre que me prometas no llamarme «Liz» ni «Beth».

–Trato hecho.

Nos resultaba fácil hablar entre llamada y llamada porque estábamos relativamente cerca. No se nos permitía ponerlas en espera durante más de dos minutos sin permiso de nuestro supervisor, por lo que nuestras conversaciones al principio fueron breves y entrecortadas. Él me hacía reír con sus comentarios sobre nuestros clientes.

–Esta seguro que no recordará haber hecho el pedido.

Estoy convencido de que hablaba dormida –decía–. Podría haberle vendido todas las toallas del almacén.

A veces silenciaba la llamada que estaba haciendo, ponía alguna mueca y exclamaba cosas como:

–Dios mío, no quiero oír hablar de hemorroides...

Efectivamente, a diferencia de los otros clientes, los más ancianos siempre agradecían nuestras llamadas y las aprovechaban para describir con todo lujo de detalles sus problemas médicos.

Me sorprendía lo normal que parecía a pesar de sus fuertes convicciones religiosas. Su risa empezó a colarse en mis pensamientos y comencé a imaginar cómo sería besarle. Me emocionaba antes de ir al trabajo sabiendo que le vería. Nunca me había preocupado mi aspecto, pero empecé a maquillarme y a peinarme solo para gustarle.

Empezó a hacer su pausa para el almuerzo al mismo tiempo que yo hacía la mía. Normalmente la tomaba hacia el final de la jornada, mientras que a mí me gustaba comer temprano. A mediodía siempre me moría de hambre porque, aunque sabía que debía desayunar bien, nunca lo hacía. La primera vez que coincidió conmigo en el descanso pensé que sería porque tenía que salir antes del trabajo, aunque en secreto esperaba que lo hiciera para que estuviéramos juntos. La segunda vez que ocurrió, y se sentó a mi lado en la mesa de la sala de descanso, hice todo lo posible por contener mi entusiasmo y aparentar indiferencia.

–¿Qué estás leyendo? –me preguntó, fijándose en mi libro de texto abierto.

Siempre hacía las tareas durante la hora de comer.

–Kant. Mi profesor de Inglés está obsesionado con él.

–Uf, quita, quita. Aún recuerdo aquella época.

–¿Leíste a Kant? ¿En la universidad?

Se echó a reír.

–Sí. No nos limitamos a leer la Biblia durante todo el día.

Sentí que el calor me subía a las mejillas.

–Perdona...

Me puso la mano en el hombro. Era la primera vez que me tocaba.

–No pasa nada. Te estaba tomando un poco el pelo. Todo el mundo asume siempre que lo único que hacemos es estar ahí sentados y hablar de Dios, pero te sorprenderías. Es exactamente igual que una universidad normal y corriente. Seguimos las mismas clases y requisitos que los demás. La diferencia es que también asistimos a otras clases que tienen que ver con el campo que hayamos elegido en el ministerio.

–¿Qué campo ministerial has elegido tú?

–Quiero ser pastor para jóvenes. ¿Cuál es tu especialidad?

–Todavía no lo he decidido. Dudo entre Derecho y Medicina. Un día pienso que quiero ser médico y estoy totalmente convencida de que es la elección correcta y unos días después pienso que es la peor decisión de mi vida y que quiero ser abogada. Siento demasiada presión y no quiero tomar la decisión equivocada.

–Un día lo descubrirás.

Esperé a que dijera algo más, pero, en su lugar, empezó a hincarle el diente a su plato de pasta recalentada. A mí me encantaba todo lo italiano, pero hacía mucho tiempo que no iba a un buen restaurante de comida italiana.

Rápidamente, desarrollamos nuestra propia rutina. Coincidíamos en tres turnos cada semana y hacíamos la pausa juntos a mediodía. Empecé a traerle cosas que horneaba yo. No cocinaba tan bien como Emily, pero era mejor repostera que ella. Preparaba varios tipos de galletas, pasteles y *brownies* para que los compartiéramos. Al

poco tiempo, empecé a traer de más para que se lo pudiera llevar a casa.

Acababa de darle un trozo de tarta de zanahoria para llevar cuando me pidió oficialmente una cita.

—Deberíamos empezar a comer juntos no solo al mediodía. ¿Te apetece ver si también nos llevamos tan bien a la hora de cenar?

Me quedé paralizada. Disfrutaba pasando tiempo con él, pero no podía ir más allá. Había dejado de tener citas cuando Emily enfermó. Se ponía celosa cuando pasaba tiempo con alguien que no fuera ella y yo prefería no molestarla.

Sacudí la cabeza.

—No puedo.

Se encogió de hombros y dijo:

—No pasa nada.

Temí que fuera a renunciar a nuestros almuerzos después de mi negativa a cenar, pero no lo hizo. Siguió como si no hubiera pasado nada, y aquello no le impidió volver a invitarme a salir. Todos los viernes se las ingeniaba para proponerme una cena con mayor o menor sutileza, pero yo siempre encontraba una razón para negarme. Finalmente, al cabo de dos meses, acepté quedar con él; disfrutaba del tiempo que pasábamos juntos y había empezado a gustarme. Le dije a Emily que había cogido un turno extra y que llegaría tarde a casa. No me gustaba mentirle, pero no podía hacer otra cosa.

Cuando acabamos de trabajar, fuimos a un pequeño restaurante italiano. Estaba tan nerviosa que lo único que me atreví a comer fueron espaguetis blancos. No sabría decir si fue por mi estado de nervios o porque sencillamente me sentía a gusto saliendo con otra persona, pero no podía dejar de hablar. Hablé sin parar sobre mis clases, los libros que estaba leyendo y mis

películas favoritas. Por norma general, cuando tenía una cita, dejaba que la otra persona acaparara la conversación mientras yo me dedicaba a escuchar, pero con Thomas me sentía cómoda. Era maravilloso hablar con alguien que no estaba deprimido. Además, era muy buen conversador y me encantaba que fuera tan inteligente, porque así yo no tenía que hacerme la tonta. A la mayoría de los tíos les asustaba mi intelecto, pero él lo disfrutaba.

Estuvimos hablando hasta que llegó la hora de cerrar el restaurante.

Un día, cuando ya había pasado casi un año desde nuestra primera cita, acerqué su mano a la mía, entrelacé mis dedos con los suyos y le di un apretón.

—Tú también me importas. —Sentí cómo el rubor me invadía la cara y aparté la mirada—. Quiero que conozcas a Emily. Estoy segura de que, si te da una oportunidad, acabará sintiendo por ti lo mismo que yo.

La alarma de su reloj sonó, señalando el final de nuestra pausa. Ya no comíamos en la sala de descanso, sino que agarrábamos nuestras cosas y nos metíamos en su Honda blanco para comer en privado. Empezamos a hacerlo como una forma de pasar tiempo a solas y acabo convirtiéndose en una costumbre. Los dos estábamos muy ocupados compaginando la facultad y el trabajo y disfrutábamos de nuestra compañía durante el almuerzo. Recogimos nuestras cosas y volvimos a entrar.

Regresé a mi puesto y me puse los auriculares, entrando otra vez en modo automático. Si le contaba a Emily lo de Thomas, mi relación con ambos cambiaría por completo. Por mucho que culpara a Emily de mis dudas y mis reservas a la hora de contarle lo nuestro, había una parte de mí que tenía miedo de hacerlo. Hablarle a Emily sobre Thomas sería el primer paso hacia una separación. Incluso si solo era un paso pequeño, una vez

lo diera ya no habría vuelta atrás. Nada volvería a ser igual entre nosotras.

Tampoco era que nunca hubiéramos tenido nuestras historias. Emily tenía muchas más citas que yo; los chicos se volvían locos por ella. En el instituto, cada dos por tres aparecía uno nuevo detrás de ella, pero los dejaba enseguida y se iba a por el siguiente. Era como si se los estuviera probando, igual que quien se compra unos vaqueros. Aun así, ninguna de las dos había tenido nunca una relación seria ni se había imaginado un futuro con alguien. Yo en el fondo sabía que llegaría el día en que una de las dos conocería a alguien especial y construiría su propia vida sin la otra, pero siempre había pensado que sería ella. Ahora estaba claro que no. Emily llevaba años sin tener una cita y ni siquiera recordaba la última vez que había salido del apartamento.

La idea de construir una vida con alguien que no fuera mi hermana hizo que el estómago me diera un vuelco de emoción y miedo. Siempre habíamos sido nosotras dos porque nuestra supervivencia dependía de ello. Éramos un equipo y no habríamos podido soportar nuestra infancia la una sin la otra.

Cuando vivíamos con nuestra madre, solía desaparecer y nos dejaba encerradas en nuestro dormitorio durante días. Emily fue la que descubrió cómo acabar con el sarpullido rojo que hacía que las piernas y la cara interna de los muslos nos escociera y nos doliera tanto. Era consecuencia de llevar durante días los mismos pañales empapados de orina y heces, pero no nos atrevíamos a quitárnoslos. La única vez que lo hicimos nuestra madre se puso furiosa. Cogió la percha de alambre que utilizaba para pegarnos, añadiendo dolorosos moratones sobre las heridas abiertas. En la habitación había un gran cubo de plástico rojo que nuestra madre se había

olvidado, y Emily se deshizo del pañal y se acuclilló sobre él para hacer sus necesidades. Yo también comencé a hacerlo, así que las dos utilizábamos el cubo como retrete. Mientras una de nosotras orinaba, la otra estaba atenta por si se oía el sonido de las llaves en la puerta principal. Por algún motivo, a nuestra madre no le importó descubrir que utilizábamos el cubo y empezó a vaciarlo en el retrete una vez por semana. Ya no teníamos que cargar con nuestros desechos y las erupciones en las piernas desaparecieron. Aún teníamos que soportar el olor, pero al menos ya no teníamos que cargar con toda la porquería pegada.

Las horas de hambre y aislamiento eran interminables, pero las llenábamos con la otra. Nos inventábamos historias sobre familias imaginarias y nos hacíamos reír. Pero nuestro juego favorito era fingir que hacíamos de madre. Sabía cómo le gustaba que le acariciaran el pelo a Emily, así que cuando me tocaba a mí la tumbaba en mi regazo y lo hacía una y otra vez mientras canturreaba. A mí me gustaba que me acariciaran la espalda en círculos, así que cuando la madre era Emily me recorría la espalda con los dedos hasta que caía dormida. Teníamos un idioma secreto para que, cuando nuestra madre estuviera cerca, no entendiera lo que nos decíamos. En la cuna, cantábamos y jugábamos a imaginar mundos, actuando la una para la otra. Cuando ya no nos quedaba nada que comer y nos moríamos de hambre, dormíamos acurrucadas, como dos cachorros tratando de mantener el calor.

El descanso durante los periodos de hambre era muy irregular. Era como estar a medio camino entre el sueño y la vigilia e incluso a veces teníamos el mismo sueño. Entrábamos y salíamos del estado de conciencia juntas.

Teníamos cinco años cuando nuestra madre empezó a dejarnos salir de nuestra habitación y adentrarnos en el

resto del piso. No sabíamos nada del mundo que había fuera de las cuatro paredes de nuestro dormitorio y para nosotras el pequeño apartamento era un universo en expansión. En aquel momento, no sabíamos que acabaríamos por aprisionarnos del mismo modo que lo había hecho nuestro dormitorio; estábamos completamente embelesadas por su extensión. Al otro lado del salón, estaba el dormitorio de nuestra madre, que ella mantenía cerrado con llave.

—Jamás entréis en mi dormitorio. Nunca —nos dijo—. ¿Me habéis entendido? Si lo hacéis, os volveré a meter en vuestra habitación y no os dejaré salir nunca más.

Asentimos con la cabeza.

—Cuando estéis aquí fuera, os quedáis bien quietecitas. Si alguien descubre que estáis aquí, volveré a usar el cinturón. Lo digo en serio. ¿Me habéis entendido?

Me dio un cachete en un lado de la cabeza.

—Sí, lo entiendo, madre. De verdad —le dije—. Estaremos calladas.

Tomó la cara de Emily entre las manos y la miró a los ojos.

—¿Y qué hay de ti, chiquitina? ¿Estarás tranquilita si te dejo salir?

Emily asintió con la cabeza y me miró. Me cogió de la mano, pero nuestra madre la apartó de mí de un tirón.

—Contesta, mírame a mí. Yo soy tu madre. ¡¿Por qué la miras a ella?! Tú también sabes hablar, ¿no? ¿O es que eres tonta? Siempre han dicho que suele haber un gemelo listo y un gemelo tonto. Supongo que esa eres tú.

Emily se echó a llorar.

—¡Cállate! Para de llorar. Dios mío. Siempre estás llorando. Eso es algo que podrías aprender de tu hermana. Ella nunca llora, sabe cómo ser fuerte. Tú eres patética. ¿Sabes qué? Vuelve a tu cuarto. ¡Las dos!